

EL TEÓLOGO Y EL MATEMÁTICO

T.- Mi ciencia llega más lejos que la suya, pues sus cálculos sirven solamente para llevar al hombre desde la tierra hasta la luna, pero la mía lo conduce al cielo.

M.- ¿Está su cielo más alto? ¿Y qué es alto o qué es bajo? La ley de la gravedad hace caer una piedra en un hemisferio en una dirección opuesta al otro hemisferio. Los ingenuos se preguntan el motivo de que nuestros antípodas no se caigan viviendo boca abajo.

T.- El cielo no es un punto del espacio sino un lugar teológico.

M.- Un lugar que no está en ningún lugar...

T.- Y, aparte de sus mentes, ¿dónde están en el mundo real los puntos, las líneas, las superficies y los volúmenes?

M.- En el mismo lugar donde están sus ángeles, los demonios, el cielo y el infierno.

T.- Dejémosnos de chanzas que no convienen a las discusiones serias. Veamos: tome usted la aguja más finísima que pueda existir para realizar una punción en un papel. Tenemos un “punto”. Ahora

bien, si mira usted con una lupa grande ese punto comprobará que es en realidad un círculo y, por ello, una superficie. Y teniendo en cuenta que el papel más finísimo que pueda existir tiene siempre necesariamente un cierto grosor, así sea mínimo, tendremos entonces – *more geométrico* - que ese círculo aparente es de veras un cilindro hueco, luego un volumen vacío. Y como los cuerpos tienen tres dimensiones – largo, ancho y alto – pero como las líneas están formadas por puntos y éstos no existen, la consecuencia es que tampoco pueden existir los cuerpos. ¿Se burlará usted ahora del misterio de la santísima trinidad y el mundo sobrenatural?

M.- La matemática parte siempre de unos axiomas o principios incuestionables para llegar mediante razonamientos lógicos a unas conclusiones demostrables.

T.- Yo no encuentro ninguna diferencia entre sus axiomas incuestionables y la definición de un dogma. ¿No será que usted sienta unos postulados y nos pide o suplica que se acepten para levantar todo su universo matemático? Si esos axiomas, que para usted son evidentes, se rechazan ¿en qué queda toda su ciencia? Piense en una hormiga que sigue en línea recta una naranja. En realidad traza una circunferencia. ¡Las líneas rectas no son rectas! La rectitud de las líneas rectas solamente es posible dada la cortedad de vista. ¿Y qué me dice de las geometrías no euclidianas con un espacio curvo?

M.- Los matemáticos solamente somos los siervos de la física así como la filosofía es también la sierva de la teología. Pero como nuestros patrones no están aquí presentes asumiré yo su defensa. Usted, como teólogo, hable en representación de un Dios juzgado en ausencia. Para nosotros Dios no es un concepto científico, en nuestro mundo no existe ni puede existir.

T.- ¿Acaso porque está en todas partes? ¿Porque es infinito como el espacio es infinito? Y si fuese finito ¿qué hay más allá de lo finito?

M.- La teología dice que Dios es eterno y creó el mundo de la nada, pero la teoría del “big-bang” dice que tuvo su origen en una enorme explosión...

T. - Dios no está en el universo físico, pero ¿en qué punto del espacio tuvo lugar el “big-bang”? Para situar un punto necesitamos tener otros tres puntos de referencia. Buen cambio. ¿Y por qué toda la materia se concentra en un punto que no tiene como referencia ningún otro punto para explotar no se sabe bien por qué? Y si hubo un primer minuto en el origen del universo ¿qué era el tiempo antes del tiempo? ¿Cómo se medía sin la traslación de la tierra? ¡Y aún dicen que Dios es incomprendible!

M.- Tal vez el universo nos plantea muchas cuestiones, cuya respuesta no conocemos todavía, pero el bisturí no ha pinchado nunca un alma y los ángeles no se dejan fotografiar ni se exhiben nunca en una plaza pública.

T.- Amigo mío, así como vivimos en un mundo de tres dimensiones, suponga que unos seres extraterrestres viviesen en un mundo plano. Si uno de ellos, dotado de una energía extraordinaria, diese un salto a una tercera dimensión, para los miembros de ese universo habría desaparecido como si fuera un fantasma. Y dando otro salto hacia su mundo volvería a aparecer como un resucitado. ¿Y si alguno de nosotros pudiese “saltar” a una cuarta dimensión? ¿Y si el tiempo en uno y otro mundo no fuesen el mismo? Los novelistas

venden muchos más con obras de ciencia-ficción que publicando obras de teología-ficción? Pero “tele-transportar” la materia suena tan milagroso como ir al paraíso. Y, en cualquier caso, menos consolador que alcanzar la vida eterna.

M.- No sabemos lo que es la eternidad.

T.- Y, sin embargo, ustedes afirman que el universo tuvo un origen, aunque de la nada no puede salir nunca nada y, por ello, un ser necesario debe ser eterno, fundante, y anterior al mundo.

M.- Tal vez la materia sea eterna.

P.- ¿Pero saben ustedes lo que es la materia?

M.- Un conjunto de átomos formados por protones, neutrones, electrones, y otras partículas menores que estamos descubriendo. La ciencia avanza, ustedes están anclados desde hace siglos en la misma cuestión.

T.- Tal vez porque esa cuestión última, insoluble y desdeñable para la ciencia, es la más importante para la vida del hombre. Y ahora dígame: cada uno de esos protones, neutrones y electrones ¿no son también materia? O sea: la materia está formada igualmente de materia, pero más pequeña. No es muy lógico que en la definición entre la cosa definida.

M. - Cierto que lo que creíamos átomos no son verdaderos átomos, pero los aceleradores de partículas nos llevarán hasta la última porción de materia y a través de ello a una liberación de la energía como nunca se ha visto.

T.- Creo entender que para ustedes la materia es como una energía concentrada que desprende por la fuerza su energía latente o bien que la energía es la misma materia.

M.- Podría decirse así, quizás.

T. - Un puñetazo solamente rompe una mandíbula. Algunas máquinas, con propósitos bienintencionados, golpean para fracturar los cálculos renales. Los físicos han logrado unos puñetazos fortísimos que destrozan los átomos. Y para ello necesitan una energía que les es devuelta con creces en la fisión nuclear. Así pues, ¿no cree que la materia, empequeñeciéndose hasta el infinito, no tiene como resultado una energía pura llevada hasta el infinito?.

M.- ¿Y dónde quiere usted a parar?

T.- Si no hay átomos, último confín y reducto de la materia, si ésta quedase convertida en Nada, se liberaría una Energía Total. ¿Y no es esa Energía absoluta del universo lo que puede llamarse Dios?

M.- Tenga cuidado. Yo no soy teólogo, pero lo que usted afirma está muy cerca del panteísmo.

T.- Nosotros situamos a Dios fuera del marco del universo. El mundo no es emanación suya. Creemos que Dios es creador. Pero somos, contra lo que se piensa, mucho menos arrogantes los teólogos modernos que ustedes los científicos positivistas. Sabemos bien que nuestros dogmas teológicos son materia de fe, indemostrables. El creyente, cree. Ustedes creen saber lo que no saben y, acorralados de cuestión en cuestión, se ven obligados a confesar finalmente su desconocimiento. Si se le pregunta a un niño qué cosa es el agua, señalará el contenido de un vaso; un bachiller nos dirá que es una molécula formada por dos átomos de hidrógeno y un átomo de oxígeno; un físico quizás va más lejos y dibuje un modelo ribeteado con unas complicadas ecuaciones. Sin embargo, cada respuesta es la antesala de una nueva pregunta. El sabio es aquel que, persiguiendo la verdad, tarda más tiempo en aceptar su derrota. No salta la trinchera de la inmanencia. El horizonte se nos adelanta siempre cuando caminamos hacia él como si dijese “vuelva usted mañana”. O dicho de otro modo, el verdadero sabio acepta la docta ignorancia. “Humildad, Sancho, humildad”. La ciencia debe hacerse menos pretenciosa, altiva y estirada.

M.- Puede que tenga razón uno de sus siervos cuando dice aquello de “sólo sé que no sé nada”.

T - Vivimos sobre creencias. Éstas son principios absolutos que, como la segunda celada de don Quijote, no queremos someterla a una nueva prueba y la damos como válida para que no se conmuevan los cimientos de nuestra existencia. Ustedes pueden volar desde Madrid hasta Buenos Aires, pero no pueden subir tan alto toda ciencia trascendiendo. Esto lo hacen los místicos y, como en el mito de la

caverna platónico, nadie les creería si contasen lo que han visto: seres que no son sombras.

M- Déjeme terminar con unos versos del poeta andaluz que, llenos de agnosticismo, pero de un agnosticismo anhelante de fe, buscaba a Dios entre las nieblas: *“Confiemos / que no será verdad / todo lo que creemos.*

T.- Podría haber terminado la paradoja cambiando “creemos” por “tememos.” Usted, amigo matemático, ha concluido con unos versos. Yo le confieso que también creo que son hermosas las ecuaciones; pues la verdad y la belleza manan de la misma fuente: la luz divina, ese Dios personal en el que creen muchos de los que creen no creer.

Valencia, 11 de junio de 2018
Pablo Galindo Arlés